

Presentación

Estos trabajos son resultado del proyecto “Nuevas identidades de género, procesos culturales y cambios sociohistóricos. El movimiento gay en México (1970-1980) a través de la voz y la mirada de sus protagonistas”, que se realiza dentro del Doctorado en Antropología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), con la colaboración del Colectivo Sol, A.C., y financiado por CONACyT. Este proyecto de investigación nace de la confluencia de dos ámbitos de intereses, uno específicamente académico-antropológico —interesado en el estudio de los nuevos movimientos sociales que se refieren a la aparición en la escena pública mundial de nuevas identidades emergentes, relacionadas al género y a la sexualidad— y otro que surge del interior mismo del movimiento gay, con la preocupación de reconstruir la trayectoria del movimiento, rescatar y sistematizar el enorme acervo de experiencias, vivencias y reflexiones de sus principales protagonistas. Los artículos presentan parte de los avances de investigación del proyecto mencionado (Miano-Giglia y González), otros constituyen contribuciones de distintos investigadores invitados (Vendrell, Pérez Castro, Cruz, Careaga, Lizárraga) y otros provienen de las ponencias presentadas en la Mesa de masculinidad dentro del Primer Foro Interdisciplinario sobre Identidad y Estudios de Género, que se realizó en la ENAH en mayo de 2000 (Alatorre-Minello, Mogrovejo).¹

El campo de los estudios sobre sexualidad y cultura ha sido un tema clásico en la historia de la antropología; sin embargo, en México se desarrolla desde hace poco tiempo, sobre todo a partir tanto de las tareas de movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales como de los aportes del ámbito académico. Aunque no pueden trazarse divisiones tajantes, los dos primeros ámbitos privilegian la realización de investigaciones concretas para incidir sobre políticas públicas —en este contexto podemos colocar los aportes de Pérez Castro y Careaga—, mientras que el ámbito académico le ha dado preferencia a investigaciones de largo plazo y destinadas no sólo a conocer la realidad sino también a la construcción de conceptos y dimensiones que ayuden a conocer más a fondo la problemática.

Quizá una característica que sobresale en la mayoría de los trabajos de reflexión teórica o presentación de resultados, es que están basados en investigaciones empíricas (entendido el

¹ Dado el número de trabajos recopilados mediante la invitación a otros investigadores interesados en el tema y el Primer Foro Interdisciplinario sobre Identidades y Estudios de Género, este ejemplar de Cuicuilco sólo brinda una parte de ellos. Los otros constituyen una antología sobre “masculinidades y homosexualidades” que se encuentra en proceso de edición en el ámbito de las publicaciones producidas por el proyecto mencionado.

término en sentido amplio). Esto es visible, si se sigue el orden de presentación, en los textos de Alatorre-Minello, Vendrell, Miano-Giglia, González, Cruz, Pérez y Mogrovejo. En cambio, el artículo de Lizárraga es una reflexión, aguda en muchos sentidos, sobre el problema del transgénero, y el de Careaga es una propuesta para influir en los gobiernos de la región latinoamericana y caribeña.

El ámbito teórico que abarcan estos trabajos no es homogéneo —algo beneficioso para la producción intelectual—; así, la perspectiva de género está presente en Alatorre y Minello, la de los nuevos movimientos sociales y creación de identidades en Miano-Giglia y en Mogrovejo; una discusión entre las perspectivas esencialistas y el constructivismo constituye el centro del trabajo de Vendrell, quien previene contra la persistencia de residuos esencialistas en ciertos discursos sobre sexualidad, identidades sexuales, etcétera; por su parte, González Pérez utiliza la interacción simbólica y Cruz Sierra reflexiona a partir de una investigación cuantitativa de corte estadístico.

Si pensamos en términos metodológicos, la variedad también está presente. Un enfoque cualitativo y micro, reina en la mayoría de los trabajos, excepto en el de Cruz Sierra, quien parte de una encuesta. La perspectiva histórica aparece en Miano-Giglia, Pérez Castro y Mogrovejo; las primeras y última autoras parten de una perspectiva biográfica y realizan historia oral, mientras, un enfoque etnográfico nutre el trabajo de Pérez Castro y el de González. El análisis de documentos públicos constituye la base técnica del aporte de Careaga.

Alatorre y Minello, en su introducción, señalan que los estudios sobre hombres y masculinidades surgen en América Latina con cierto retraso en comparación con los países de habla inglesa y francesa, muchos de éstos trabajos se relacionan con la salud reproductiva, violencia doméstica y sexualidad, porque están vinculados más a las políticas públicas que a la producción académica. Uno de los aportes de este artículo propone que la masculinidad es todavía una categoría borrosa, en cuanto a que no están bien trazados sus alcances y sus límites. Para los autores habría dos grandes perspectivas, una que considera la masculinidad en términos esencialistas, fuera del género, ahistórica y “natural”; otra, por el contrario, la incluye dentro del género. Aquí se plantean dos posiciones: la primera más ontológica (prácticas, conductas, etcétera) y la segunda entendida como:

una parte de esa dimensión de diferenciación y jerarquización social a la que se refiere el género, en la que intervienen procesos de naturaleza sociocultural e histórica, que involucra a la sociedad y a los individuos y por lo tanto no se puede reducir a la biología. [Afirman:] La masculinidad se define como una categoría del sistema de género y constituye a un sujeto social que se ubica en una posición de control, autoridad y con privilegios en las relaciones y actividades organizadas socialmente. La definición de este sujeto social alude al cuerpo del macho de la especie humana, pero sin ser determinada por el cuerpo biológico [que se articula en una dimensión social, otra cultural y una tercera subjetiva].

¿Cómo estudiarla?, es uno de los últimos y muy sugerentes apartados; aquí los autores plantean estudiarla dentro de las relaciones de género aun reconociendo la autonomía relativa

que tiene frente a estas relaciones; destacan la necesidad de estudiarla en el plano individual y en el estructural, al mismo tiempo, además subrayan la importancia de reconocer la dimensión diacrónica del fenómeno de la masculinidad y la feminidad en las sociedades estudiadas; por último, plantean la imperiosa necesidad de reflexionar a partir de estudios empíricos de la realidad social a interpretar.

Vendrell, en su artículo "La homosexualidad no evoluciona, se construye" —desde una posición constructivista radical, que se niega a aceptar prenociones incuestionadas e incuestionables— discute la presencia de nociones esencialistas en el campo de los estudios antropológicos sobre la homosexualidad. Vendrell toma como ejemplos sendos textos de Lizarraga y Núñez Noriega, buscando plantear una posición general ante estos estudios. Sostiene que una gran cantidad de trabajos "siguen realizándose desde lo que se ha llamado el 'modelo de influencia cultural', el cual, en última instancia, conduce a la asunción de posiciones esencialistas".

Para el autor el debate entre esencialismo y constructivismo implica tres grandes órdenes de problemas. Uno, la investigación sobre cuestiones homosexuales marcó, de una forma dominante e impulsada esencialmente por antropólogos vinculados con el movimiento de liberación gay, los comienzos de la Antropología sexual contemporánea. Dos, existe una tendencia a proyectar nuestras propias categorías a otras culturas tanto en lo espacial o entográfico como en lo temporal o histórico. Esto nos aleja de la comprensión de las culturas no occidentales. Tres, en una preocupación de orden más político, Vendrell sostiene que el gay reivindica una identidad construida a partir de una supuesta "esencia" universal de la homosexualidad, pues ésta es entendida "como algo básicamente inalterable, inscrito en la esencia de la especie humana —y del género Homo en su totalidad— como una potencialidad que no ha cesado de buscar su completa y satisfactoria puesta en 'acto'". En resumen, este autor sostiene que los tres problemas mencionados revelan cómo, aun partiendo de un enfoque constructivista, muchos de los estudios encubren posiciones esencialistas. "Concebir una 'realidad homosexual' como cosa en sí es convertirla en algo atemporal, previo y trascendente con respecto al movimiento histórico y los órdenes socioculturales, algo que simplemente viaja a través de la historia y la cultura sufriendo sus avatares, pero sin dejar, en el fondo, de ser idéntico a sí mismo, ni de buscar la forma de realizarse en acto, por completo, como lo que es en esencia". En otras palabras, dice Vendrell, "tanto el gay como el homosexual son construcciones socioculturales como también lo es el heterosexual, y como lo son el hombre, la mujer e incluso el niño".

Lizarraga parte de la posición que ubica a los seres humanos, por el hecho de serlo, como productos del lenguaje. A partir de aquí, el autor analiza la noción de "transgénero" considerado como un hipertexto, destacando tanto los aportes que considera positivos al permitir la vinculación de distintos modos de ser en el universo sexo-genérico, más allá de un marco heterocentrista y masculinista, como algunos que considera negativos, entre estos una tendencia a la indefinición y a la desaparición de otras expresiones de la sexualidad humana,

como los textos inscritos en el contexto travesti, transexual o drags, por ejemplo. Éstos “comparten un recurso: crearse una imagen mediante el atuendo y los implementos” con el que se inscriben en la noción de transgeneridad, sin embargo, representan realidades textos o, en palabras del autor, dram.

A partir de este enfoque, Lizárraga se pregunta si existen vivencias transgénéricas como tales y:

si son posibles y viables [en el mundo actual] sistemas de vida compartidos e identidades sexopolíticas que podamos calificar de [. . .] o denominar como transgénéricas. Aunque la primera respuesta es negativa “a no ser como vivencias discursivas”, la segunda es positiva, “pero sólo a través de nuevas simulaciones. [Por ello rescata la noción de hipertexto, porque al pensar el transgénero como tal, este último] “permite, hoy por hoy, proponer nuevos diálogos y la emergencia de innovadoras transparencias y veladuras; hace posible que entre individuos muy distintos [. . .] se produzcan encuentros e intercambios de ideas (no siempre cordiales) que antes resultaban impensables o cuando menos infrecuentes”.

En otra parte de su texto, Lizárraga subraya una vez más la importancia de los textos, pues si “los que viven son los cuerpos, los que gozan son los sexos”, las imágenes son quienes hablan, trascienden las definiciones oficiales de los sexo-género y llegan a la transgeneridad. Termina su artículo sosteniendo que, a partir de las historias acumuladas en el hipertexto del transgénero, será posible continuar la diversificación de las distintas modalidades transgénéricas, apartándose cada vez más de la visión sexo-género hegemónica.

Miano y Giglia advierten que su artículo es un primer avance del trabajo de sistematización de materiales orales, entrevistas realizadas a distintos participantes en el movimiento gay, entre finales de los sesenta y principios de los ochenta. Las autoras destacan los aspectos relacionados “con la toma de conciencia individual y el proceso de construcción de una identidad colectiva”. Saben que el tema de la identidad es polifacético, por ello han tenido el cuidado de aclararle al lector su posición. Con base en Melucci, escriben.

[. . .] la identidad implica una tensión irresuelta e irresoluble entre la definición que da el actor de sí mismo y la percepción de los demás. Es el resultado de una tensión entre autopercepción y heteropercepción, entre autorreconocimiento y heterorreconocimiento, lo cual frecuentemente implica [. . .] relaciones desiguales, luchas y contradicciones. [Por tanto, . . .] la identidad [. . .] no hay que concebirla como una esencia, sino como algo que se define a partir de las relaciones diferenciales con los demás en el proceso de interacción social.

En la segunda parte del texto las autoras, basada en los testimonios, muestran como la identidad personal se va construyendo a partir de una introyección de los estereotipos del imaginario social de las décadas de 1950 y 1960, en:

un proceso en el que (los sujetos) hacen propias las imágenes heteroconstruidas con las implicaciones en términos de violencia simbólica que esto conlleva [. . .] es decir la internalización de la mirada inferiorizante y estigmatizante del otro, lo normal.

Sin embargo, a partir de la interacción entre pares —que en la jerga gay se llama “gente de ambiente”—, se empieza a conformar lo que Weeks denomina una etapa de subculturización, entendida como “cultura estigmatizada, underground, marginada, alternativa, así como fue la cultura pop o la hippie”. Esta subcultura —que se expresa en un lenguaje propio, formas de vestir, de hablar y de relacionarse, de lugares y territorios compartidos— es la base para la construcción de una identidad colectiva, que a partir de los años setenta se propone como “identidad gay” y por primera vez dibuja una imagen positiva y “liberada” del homosexual en un contexto histórico caracterizado por la emergencia de sujetos colectivos y movimientos alternativos. Hoy en día, señalan las autoras, es necesario reconocer las diferenciaciones y las fracturas presentes en el interior de la identidad gay que aparece cada día como una categoría insuficiente para abarcar el complejo mundo de nuevas diversidades.

Con un enfoque cercano al planteado por estas autoras, Mogrovejo se propone:

analizar la acción colectiva lésbica desde lo interno, lo personal, vinculándolo con lo grupal y lo externo; en la búsqueda de una identidad colectiva en una realidad social ajena, heterosexual, mediante la lucha por la validación de su realidad, de su existencia, de sus derechos humanos, sociales, políticos, civiles y sexuales.

Al mismo tiempo, la autora propone una periodización basada en la relación entre los movimientos lésbico, gay y feminista. Plantea tres etapas históricas

que coinciden con tres generaciones teóricas planteadas por el Movimiento Feminista europeo y que, a pesar de pertenecer a momentos históricos distintos, no son opuestos, coexisten y se refuerzan mutuamente en tanto que pertenecen a un debate todavía inconcluso.

La primera —llamada de igualdad y universalidad—, tendría como característica la lucha por la igualdad y el socialismo, porque el movimiento homosexual se identifica con las luchas sociales de la izquierda de la época, “la búsqueda del reconocimiento de los derechos civiles y políticos está ligada a las luchas socialistas y feministas, la consigna ‘por un socialismo sin sexismo’ expresa el momento”. La segunda —el momento de la diferencia y la autonomía—, se da cuando las lesbianas se diferencian de los varones cuestionando su misoginia y se acercan al movimiento feminista, aunque con cuestionamientos y desencuentros recíprocos:

[. . .] con la influencia feminista radical los grupos lésbicos pudieron vivir más directamente la etapa de la diferencia [. . .] las lesbianas mexicanas y latinoamericanas inician un proceso de autonomía frente a ambos movimientos (heterofeminista y homosexual) impulsando una corriente autónoma.

En la tercera —la institucionalización, la diversidad y la perspectiva queer—

la figura masculina vuelve a cobrar presencia como “otro” con quien dialogar, a veces en forma desigual como en la institución, a veces como un similar sin identidad genérica y sexual fija [. . .] estamos hablando de homosexuales, travestis, transgénicos y otras disidencias sexuales. [En este con-

texto aparece la posición queer, . . .] que se basa en la ruptura de las categorías de identidad sexual y de género y en la deconstrucción de las categorías de identidad.

La autora finaliza planteando que “la lucha de las identidades disidentes en el marco de un nuevo contexto social globalizante y neoliberal implica una serie de retos”. Estos son, en síntesis, las acciones conjuntas de identidades sexuales que se oponen a una heterosexualidad obligatoria por un lado y, por otro, a:

replantear la conquista de los ámbitos simbólicos en torno a las identidades móviles y fincar el sentido de la democracia en el respeto a las diversidades y la negociación y renegociación de las identidades y la cultura.

González Pérez, a partir de una reflexión sobre su tesis de maestría, la cual tuvo como propósito “mostrar cómo el mundo social está organizado por una institucionalidad y un orden que defienden nociones de vida buena [. . .] y que a su vez, segregan a ciertos individuos que escapan de estos modelos culturales, entre ellos los gay travesti” —con base en el trabajo de campo en la ciudad de Colima y la zona conurbada—, el autor busca destacar la construcción de la identidad gay travesti y los conflictos que viven aquellos individuos que la asumen.

El autor define al travesti como “un personaje que se construye en un espacio bipolar, el [. . .] de la dicotomía simbólica del género”. En la primera parte del artículo muestra la aparición del concepto, la distinta intensidad del travestismo (productora de androginia, transgénero y transexualismo, claramente definidos en el trabajo). Luego plantea el análisis del travestismo gay como “una práctica en tensión” que rompe la estructura dicotómica del género pero que es admitida (por lo menos en mayor grado) entre las mujeres, y desacreditada entre los varones (en todo caso, admitido dentro del mundo del espectáculo). Por último, analiza la creación de esa identidad gay (“el individuo no nace gay travesti, se va construyendo y asumiendo como tal con el paso del tiempo, de forma gradual”), la importación de esquemas, nacidos en la sociedad heterosexual, hacia esa identidad (es necesario “percatarnos de cómo el mundo gay se encuentra plagado de reproducciones, pues en el interior se transplantan modelos heterosexuales, con la ayuda de las metáforas del afeminado, de la prostituta, del matrimonio, de la familia, etcétera”), la construcción de un territorio que, subraya, “va con el travesti, no es fijo, se desplaza según las negociaciones que realiza ante los otros y conforme a las condiciones de los espacios”. Posteriormente González Pérez destaca que esa identidad sexual no es fija (“los travestis gay no quedaban al margen de relacionarse eróticamente con mujeres. En otras palabras, el deseo homosexual no nulifica el carácter reproductivo de los humanos”) y que el mayor descrédito no se da, como pudiera pensarse, ni en la homosexualidad ni en el ser gay, sino en su travestismo.

Pérez Castro Vázquez aborda un campo poco explorado como es el de la sexualidad indígena. Se trata en este caso de la cultura rarámuri, en la introducción histórica, destaca tres

grandes etapas marcadas por la llegada de los jesuitas durante la Colonia, la expulsión de éstos en el siglo XVII y finalmente su regreso a comienzos del siglo XX. Como situaciones fundamentales, el autor destaca la pérdida de la forma tradicional de organización, la introducción de una estructura jerárquica cristiana, la exclusión de las mujeres y también de los homosexuales.

A partir de entrevistas individuales con ocho rarámuris homosexuales construye un complejo y colorido cuadro de la masculinidad indígena y las vivencias de los reneke, término que significa "persona a la que le gusta tener sexo con otra persona de su mismo sexo, no importando que sea hombre o mujer" o, como actualmente gustan nombrarse, osexuales (adaptación de la palabra homosexual).

Los entrevistados coinciden en que no existe en su cultura una actitud de rechazo hacia ellos, "simplemente son una persona más"; en este sentido no experimentan en su medio discriminación o maltrato, pero igual que las mujeres, son excluidos de los cargos de mayor prestigio o posiciones de poder dentro de la sociedad tarahumara, como resultado de la influencia de la cultura mestiza y la ideología católica.

La sociedad rarámuri admite que un hombre puede casarse con otro hombre, donde cada uno asume uno de "los roles de género impuestos por la sociedad patriarcal", por un lado, el proveedor que se mueve en el mundo público, y por otro, el encargado de cuidar el hogar, que además de cuidar al que asume el rol de hombre en la pareja, se mueve en un mundo privado.

Otros dos apartados resultan muy interesantes aunque necesitarían de una investigación más específica. En uno el autor hace referencia a los chuwíbaris, rituales de muerte cargados de bromas con alto contenido sexual, donde un pariente del sexo contrario al de la persona muerta asume el papel de ésta y juega sexualmente con otro pariente del mismo sexo. El autor sostiene que, posiblemente, ésta es una de las manifestaciones homosexuales que escandalizaron a los misioneros. En otro apartado relata como los rarámuri creen que los homosexuales varones son personas de "mes a mes", es decir que durante su vida pueden convertirse en reneke un mes y dejar de serlo el mes siguiente.

Cruz Sierra, por su parte —con base en un cuestionario aplicado a 104 parejas gay, como estudio exploratorio para identificar algunos indicadores sobre la estructura y funcionamiento de la pareja gay en el Distrito Federal— construye una serie de reflexiones a partir de la Teoría triangular del amor de Sternberg, para quien las relaciones amorosas pueden ser entendidas en términos de la intimidad, la pasión y la decisión o compromiso. El autor concluye que las parejas que adoptan un rol sexual mixto tuvieron más satisfacciones, mayor intimidad emocional, física y verbal; quienes fueron más religiosos mostraron mayores sentimientos de pertenencia mutua; que la monogamia es un valor compartido por muchas parejas y, en este mismo sentido, los roles sexuales rígidos rechazan la relación con otros hombres fuera de la pareja; y que aunque las parejas mostraron un alto nivel de intimidad emocional, la satisfacción sexual no es experimentada de igual manera por ambos miembros. El autor sostiene que es posible pensar "que este tipo de relaciones son satisfactorias para los

hombres que participan en ellas, independientemente del tipo de relación (abierta o cerrada), que vivan o no juntos, que mantengan o no encuentros sexuales ocasionales, lo importante es que prevalezca la equidad, el respeto y la honestidad entre la pareja”.

En el artículo que cierra el dossier, Careaga intenta destacar la lucha a favor de la libertad sexual en América Latina y el Caribe, retomándola tanto desde los movimientos sociales como de la actividad gubernamental en los distintos foros oficiales organizados; al mismo tiempo, se propone ofrecer algunas propuestas a los gobiernos para su inclusión en la preparación de la Conferencia contra el racismo. El texto presenta unos breves antecedentes sobre la lucha por el reconocimiento de la sexualidad como un derecho, discute distintas concepciones de esta sexualidad, analiza la preparación de la conferencia contra el racismo, la xenofobia, la intolerancia y las formas conexas de discriminación, tanto en foros de la sociedad civil como en las conferencias gubernamentales preparatorias, estudia la situación actual de los derechos reclamados y expone sus conclusiones.

En estas últimas, sostiene:

El trabajo realizado hasta hoy en nuestra región nos ha permitido abrir nuevos canales para el diálogo y la discusión. Se ha alcanzado, asimismo, una mayor visibilidad y el reconocimiento de algunos sectores hacia los grupos sexualmente discriminados e incluso se han ganado algunas batallas en el reconocimiento de sus derechos, en ese sentido es claro que en Latinoamérica hemos avanzado en torno a los derechos sexuales y al reconocimiento de la orientación sexual como un derecho.

Careaga expone una serie de propuestas que considera prioritarias para mejorar la situación que las comunidades LGBT enfrentan. Todas éstas encaminadas a “promover un cambio cultural con la participación de todas las instituciones, donde los valores de libertad y respeto de la diversidad no justifiquen ni toleren ninguna forma de discriminación”.

MARINELLA MIANO Y NELSON MINELLO